



Las (no) estaciones.
Ejercicio narrativo
José Balza⁹⁹

1 - Nunca le importó dónde hubiera nacido, aunque uno de sus amantes celebrara una vez: “¡En el país más civilizado del mundo!”. No replicó: ¿era posible que existiera eso a mediados del siglo XXI?

Porque sólo en este país había estado su mundo: familiares, amigos, colegas; los paisajes y tradiciones contrastantes, las agrupaciones políticas más perversas o feroces y zonas de olvido total. Le constaba carnalmente: había vivido a orillas del mar, en playas hirvientes; en pequeñas ciudades de clima asfixiante y brisa cálida; en las llanuras húmedas, en grandes poblaciones cobijadas por la nieve. En aldeas de arena y rocas donde no llovía, sobre callejuelas que se desplazaban en los ríos. Era de aquí y, aparte de su piel clara –apenas diferente de la de tantos lugareños–, nadie le hubiera atribuido otro origen.

Quizá por eso lograría ver las estancias de su vida como una continuidad, como si aquellos sitios y las experiencias allí recogidas no hubieran sido estaciones algunas.

La ensenada parece serena; un barco inmenso se prepara para zarpar, ella lo sabe por el movimiento de sus pequeñísimos marineros. La tarde avanza lentamente. Mekora o Juaneida está en el balcón y recoge con calma sus cabellos. De estatura regular y aún hermosa, como sin edad, aunque ella se sabe ya vieja. El mar a sus pies, el traje de color fuerte y liviano, los objetos y los ordenados archivos que se acumulan en la sala; el control electrónico de escritura que acaba de colocar sobre la mesita, donde también hay flores, agua y té: ¿no son los atributos de una emperatriz o de un rey que se ha retirado? Ligia descansa en la otra habitación.

⁹⁹ José Balza: (Delta del Orinoco, 1939). Narrador y ensayista venezolano. Autor de numerosas novelas –*Marzo anterior* (1965), *Largo* (1968), *Setecientas palmeras plantadas en el mismo lugar* (1974), *D* (1977), *Percusión* (1982), *Media noche en video: 1/5* (1988), *Después Caracas* (1995)– y libros de cuentos –*Caligrafías* (1960-2005)– que ha denominado *ejercicios*, es también notable pensador: ha escrito ensayos sobre artes plásticas, cine, música o televisión, así como teoría literaria. Recibió el Premio Nacional de Literatura en 1991 pues su obra se caracteriza por una profunda reflexión y un muy destacado dominio de las formas narrativas.



172 *Las (no) estaciones. Ejercicio narrativo*

Precisamente, su infancia transcurrió en una límpida ciudad de eterna niebla. Las casas adustas, fuertes, debían proteger de las noches heladas. Sus padres la llevaban hacia las caídas de aguas transparentes, rodeadas de bosques y de árboles que amó siempre: los cínanos, distinguidos, como hilos. Era una niña independiente, aunque tal vez esa actitud de rápidas decisiones correspondiera a una manera de ocultar sus muchos temores: a la noche, a las distancias, a los adultos desconocidos.

Frente a su casa vivía Alonso con sus hermanas: él, un chico de diez, la mayor de once y tres pequeñas. Ella y él iban juntos a la escuela; la hermanita grande estaba fuera con frecuencia. Pero por las tardes jugaban todos sobre la calzada alta y siempre recién barrida. En una ocasión, estando sola ante la gran pantalla, Alonso entró a su casa. ¿Puede recordarlo bien? Para ser tan niño, había ya una leve pelusa sobre sus labios enrojecidos. La mirada parecía transmitir algo que Juaneida no reconocía y no le quedó más remedio que mirarlo también así, como si agudizara las pupilas. ¿Cuánto duró aquel encuentro? Oyeron las voces de gente que venía y la niña tomó la mano de él y lo llevó a la puerta, donde los padres saludaron riendo.

Eso bastó, sin embargo, para que ella, Mekora o Juaneida, comenzara a esperar, durante las tardes en que quedaba aislada frente a la pantalla, el toque en la puerta, la aparición de Alonso y, sobre todo, su mirada. La verdad es que el chico volvió no únicamente cuando estaba sola y en ocasiones acompañado por sus hermanas pequeñas; y que jugaron con alegría sobre la alta acera, pero en vano la niña trató de rescatar aquello que había encontrado en los ojos de Alonso.

Una vez estuvo a punto de preguntar a su madre, pero creyó que se reiría. Fue una compañerita de la escuela quien le dijo:

—Estás enamorada de Alonso.

Ella se disgustó y desde ese instante puso su voluntad en no imaginar nada.

Claro está que no tenía noción de los meses; por eso cuanto le parecía un confuso y lento acumular de paseos, fiestas, clases, horas de dormir, de repente quedó sintetizado en unos raros segundos. Alonso, quien sólo era el compañerito de la escuela, vino a verla una mañana para anunciarle que cumplía once años y que, a las tres de la tarde, del otro lado de la calle, tendrían una fiesta.

Él había crecido (ella también); y aunque se veían todos los días, calculó que tenían mucho tiempo separados: los brazos de Alonso parecían duros, la boca era más firme y roja y, mientras le hablaba, ella encontró en sus ojos la mirada de antes.



Sus padres estaban presentes y accedieron con naturalidad. Juaneida lo acompañó a la puerta y en la calle tomó su mano, observó sus ojos, él retrocedió un poco, sorprendido, y entonces comprendió que ella quería darle un beso por su cumpleaños. Se inclinó, tiempo suficiente para que ella bebiera aquel brillo extraño y lo guardara para siempre.

Las manos de la mujer vacilan dentro de su cabellera; recoge y suelta. Se dice que eso pudiera ser lo que le falta ahora: el impulso sin nombre; aunque tampoco es cierto, sigue deseando con la ceguera del instinto. En cierto modo, la hermosa Ligia lo confirma. Pero tal vez ahora sabe que desea.

En aquellos años, no. Poco después del cumpleaños, ella misma trajo a Alonso al jardín de su casa. Que en realidad sólo eran rosales y algunos árboles unidos por trepadoras. Estuvieron unos momentos con el perro; la cocinera andaba por algún lugar y su madre dormía. La niebla era luz pura. Y de pronto él levantó la manga de su short: una leve hierba oscura rodeaba al pequeño pene erecto.

¿Cómo puede hacer tanto tiempo desde ese instante, si ella reconoce aún los más mínimos detalles, un lunar, por ejemplo? ¿O fue que volvió a ver todo después, en medio del placer y la ternura?

Alonso salió a la capital; los negocios de su padre. Ella ingresó más tarde a la universidad y concluyó su primera profesión, que abandonaría gradualmente por la otra. Se casó con él a los veinte años y en seguida vinieron sus dos hijos.

Alonso, exitoso y sano, quiso dedicarse a la política. Nadie como él para mirar su cuerpo: durante años, en cada encuentro amoroso, la acariciaba palpando: su cabeza, los hombros, la cintura, las nalgas. Era ella quien lo besaba sin parar. Y entonces él recorría su piel, como si un lenguaje único saltara desde ella: las axilas, las orejas; abría sus nalgas, los pliegues húmedos del sexo. Dirige el pene tenso que ella sostiene, posándolo sobre aquello que los ojos absorbían. Hasta la cópula ágil, absoluta.

Los hijos fueron siempre un imán para su ternura, eran Alonso y ella fundidos. Juaneida nunca hubiera atendido a otro ser. Pero el esposo comenzó a alejarse por sus giras políticas. Tenía que abandonar la ciudad nevada para recorrer aldeas de la cordillera. Comenzó por ausentarse durante dos días, después por una semana. Aunque se comunicaban a diario y varias veces en la jornada, hubo viajes de un mes.

La mujer comenzaba a sentir que algo en su profesión no la complacía; trabajaba con rectitud, los niños crecían. Sus padres, los amigos de Alonso, las hermanas, compañeros del Ministerio,



174 **Las (no) estaciones. Ejercicio narrativo**

elogiaban sus tareas. Pero ella adivinaba que así no podría continuar siempre. Iba a tener veintiséis años, ¿valía la pena envejecer de esta manera?

Justo entonces el Ministerio abrió una nueva dependencia y apareció Víctor. Blanco, de pelo liso, un poco relleno y siempre dispuesto a bromear. Ella fue la encargada de recibirlo en el aeropuerto, de introducirlo al día siguiente en las oficinas. En seguida captó que no estaban muy claras las funciones del nuevo directivo. Estudios sociales, sí, pero nada práctico; investigaciones sobre castas, familias, estilos antiguos de gobierno, ¿para qué, si todo eso estaba hecho? Nada dijo, pero el entusiasmo de Víctor, como si realmente dispusiera de objetivos firmes, la atrajo. ¿Y si ella, con instrumentación, con equipos, realizara un estudio de las razones –geográficas, económicas, religiosas– que fijaban a los pobladores en una región? Partir desde su propia ciudad, descender por las montañas...

En secreto volvió a la universidad. La desalentó lo rígido de cada pensum. ¿Y si ella inventara una profesión? ¿Si pudiera combinar estudios de filosofía con antropología? Tampoco sabía exactamente qué querría. Pero para no echarse atrás, inscribió algunas materias.

Invitó a Víctor a su casa. Alonso estaba fuera; los niños dormían temprano. En cierto modo, el hombre traía su humor rápido y un aire de novedades. Conversaron sobre los recursos de informática para los métodos de Víctor.

De pronto hubo algo en el tono suyo, que ella advirtió en seguida: el hombre estaba confundiendo aquel encuentro profesional con algo más. ¿Tenía razón? ¿Por qué no? ¿No podía acaso ella mirar, como lo hacía Alonso? Cuando con gesto firme él tomó su mano, ella apretó los dedos también.

Víctor resultó apresurado y tímido; apagó la luz cuando entraron a su cuarto y ella lo dejó hacer. Pero para la segunda vez, iluminó el ambiente y con atento deleite fue recorriendo el sólido cuerpo. Un placer ambicioso la envolvía: los gruesos atributos de Víctor la sorprendían y fascinaban. ¿Era posible que tras la ropa no se notara nada?

Desde el día siguiente él captó que aquello sólo podría volver a ocurrir por milagro. Ella no fue descortés, pero sí controlada, cordial y ajena.

Y desde entonces Juaneida comenzaría a tener una curiosidad nunca antes concebible o tardía: ¿cómo eran todos los hombres que se le acercaban –tras sus ropas y sus gestos? ¿O, mejor dicho, cómo eran aquéllos que la atraían?



Si la relación con Víctor no fue crecientemente íntima en cambio determinó un giro profundo en su vida: la idea de un doctorado en antropología, fuera de la ciudad.

Alonso no puso objeciones. Iría a verla con frecuencia. Y sus padres la acompañaron durante la nueva instalación. Los niños estaban felices.

¿Hace cincuenta años de todo eso?

Se asoma al otro cuarto y vislumbra a Ligia dormida. Se sirve el té y escucha, en la distancia de la bahía, la gruesa sirena del barco. Sobre la piedra pulida de la mesita el reflejo de su rostro. Tiene apenas las líneas marcadas de cualquiera. Lo demás son arrugas mínimas, finísimas, que no se observan al comienzo. Por eso su cara parece tersa.

Ojalá que sus hijos con sus esposas y los nietos no lleguen temprano. Le gustaría percibir la despedida del sol sola, como una reina antigua.

Ah! También el vínculo con Víctor desembocó en su cambio de nombre. Ya no sería Juaneida por un tiempo: el nuevo registro en la universidad se había equivocado.

Alonso, de muerte tan temprana, vino a verla muchas veces y el entendimiento fue total. Todo anunciaba para él un gran triunfo político, que se frustró. Después de meses, los padres regresaron a la ciudad de los nevados. Víctor acudió a consolarla y ella, aunque lo amaba y complació un poco, condujo su afecto hacia territorios profesionales. Un caballeroso investigador, refinado y agudo, coordinó su doctorado. Desnudo era de una belleza clásica. Y fue su compañero espléndido durante esos dos años.

A ella le fascinaba intuir que la inmensa ciudad debía ser un vibrante tejido, donde a cada segundo alguien se enlazaba con otra persona o donde justamente en este instante alguien se separa de un cuerpo.

Al final de un curso, hablando con el caballero clásico, advirtió que habían pasado diez años desde su primer matrimonio –que sería el único. Ahora le correspondía un duro trabajo en la Gran Isla y terminar su Grado.

2 - Aquella tarea parecía inocua. Y nunca supo a qué disciplina académica correspondía con exactitud, porque involucraba a muchas. El trabajo fue inmenso; ella elaboró las pautas, los



176 Las (no) estaciones. Ejercicio narrativo

cuestionarios; organizó y dirigió los equipos, los entrenó y debió ser la primera en penetrar a las comunidades. En verdad, la parte académica sería corta e instrumental. El resto –para el cual organismos internacionales y nacionales correrían con los gastos– podría tener un lapso no menor de dos años.

Parte del método consistía en confundirse con las poblaciones. Una prueba de adaptación, de actuación y de honda sinceridad.

Hoy, Mekora reconoce con satisfacción que aquellos estudios todavía son imprescindibles. Hasta el sabio A. Morenus los elogió. Aunque su núcleo era la comprensión de ciertas constantes familiares (tenían sujetos de casi cien años, la isla es famosa por la longevidad de sus habitantes) ella reconocía que la línea fuerte sería la demostración de una casi patológica y paradójica ausencia del padre, en más de doscientos años de historia.

La noche de su llegada a la Gran Isla, la noche anterior al inicio del trabajo, sería inolvidable y crucial. Por la mañana, Mekora fue instalada en una casa de la aldea, al norte. Pasó horas recorriendo los alrededores; el turismo hacía estragos: las radiantes playas cubiertas de desechos. Bajo el canto de las palmeras, gritos y estridencia. No conocía el lugar, pero las señales de un indetenible deterioro eran desconsoladoras.

Paseó frente a los grandes hoteles y las altaneras construcciones privadas. Era de noche cuando volvió a la casa asignada. Una familia simple y afectuosa. Le anunciaron que otra colega suya también dormiría en la habitación.

Mekora ignoraba a qué se referían. Estaba cansada y observó el cuarto pulcro, ordenadísimo. Para ser gente humilde, tenía un alto sentido del confort. ¿Efectos laterales del turismo?

Techos y paredes altas; una gran ventana, con hojas de cuatro partes, abierta hasta la mitad. Por allí venían la luz de la calle y el rumor del mar. Media ventana cerrada para que nadie pudiera ver desde afuera. Al lado, algo como un escritorio, un escaparate, una amplia hamaca recién lavada y, cerca de la ventana, una cama. Mekora supuso que podría elegir: la temperatura la llevó hacia aquélla. Pensó en sus hijos, en los padres. Se durmió profundamente.

3 - Le pareció que hablaba sola y despertó con suavidad. No, no era ella. Había un olor intenso. Mantuvo los ojos cerrados; la hamaca se ajustaba a su cuerpo y la hacía sentir cómoda casi con rudeza. Entonces vio la parte superior de la ventana tan nítidamente recortada que parecía un



espejo. Debía ser por efecto de la luna. Así permaneció unos instantes, hasta que el olor la hizo levantar la cabeza y miró la cama. De allí provenía: el resplandor azul de la ventana se movía en un hilo de humo. ¿Dónde estaba?

Se asomó por los hilos de la hamaca, sorprendida: una mujer desnuda aspiraba un poco de hierba. ¡Ah, sí! La isla, la otra que debía llegar. Observó su reloj. Más temprano de lo que imaginaba. Aún podría dormir. Pero la imagen entrevista la sacudió: tenía que volver a mirar esos senos sólidos, los muslos pulidos. ¿O se veían así por efecto de la luna?, se dijo, y quiso dormir.

Un pequeño ruido la hizo observar otra vez: la cama estaba moviéndose, venía hacia ella. Ya estaba debajo. Una reacción de asombro y comicidad la sacudió. ¿Qué era aquello? Se apartó el pelo y sacó el brazo. La otra mujer también: tendió una mano hacia arriba y tomó la suya. ¿Había Mekora sentido alguna vez algo así?

Respondió a aquella mano y saltó sobre la cama. El olor se diluía en otro, desafiante. Al cambiar de sitio y no reflejar directamente, la cama parecía disminuir la iluminación. La otra puso los dedos en su boca y ella lamió, chupó, como un niño; aquellos dedos tenían una tersura desconocida, se movían sobre su lengua y sus encías como si despertaran arenas mágicas.

Ella misma colaboró en quitar su ropa íntima; la mujer fue tocando cada milímetro de su piel y engrandeciéndolo; el aire de la ventana se agotaba y un calor inquieto las envolvía: fue entonces cuando la boca de la otra vino a la suya, cuando, oh sublime roce, los pezones se encontraron, girando unos sobre otros, despertando así un haz luminoso que recorría la espina dorsal, el vientre. Y, con sabiduría desconocida, ella se irguió y comió con su lengua el rostro de la otra, sus axilas; bordeó con sus senos la vulva de la otra, hundió los pezones hasta las más hondas tensiones y sintió como aquellos labios la apretaban. Y en un nuevo giro, los clítoris se frotaron como tensas flores, hasta el delirio.

Pudieran haber dormido algunas horas o unos minutos, despertaron al mismo tiempo, riendo. La mujer morena y espléndida se llamaba Oriái. Era, en efecto, responsable de las tareas económicas con empresas nacionales y extranjeras –muchas de éstas activas en la Isla– que respaldaban el proyecto.

La cama, que debió ser hurtada o comprada así por equivocación, poseía rueditas en sus extremos. Un motivo más para reír.



178 *Las (no) estaciones. Ejercicio narrativo*

4 - Comienzan a encenderse pequeñas luces al otro lado de la bahía y el aire refresca. Mekora ha permanecido inclinada unos minutos y al levantar el torso contempla las ondas de la montaña a lo lejos, también un poco molesta siente la rigidez de su espalda; suspira. No duda de que se ha mantenido muy bien: camina, come con ligereza, logra ver bien de cerca; pero el tiempo se llevó su espíritu móvil, la soltura de sus articulaciones. El motivo de la pequeña reunión con sus hijos, las esposas y los nietos es la celebración en la intimidad de un honroso título que la universidad le ha otorgado.

Ellos no tardarán en llegar; traerán su calidez, vino, regalos. A lo lejos vislumbra la nave iluminada. Ligia insiste en pasar días con ella. Mekora ha sobrepasado los setenta años y le gusta vivir sola, aunque sus hijos también se las ingenian para acompañarla alternativamente. Se los agradece y le encanta. Lo mejor de su carácter fue relacionarse fácilmente con todos, a condición de que le permitieran, siempre, días enteros de soledad.

No, nada en su vida quedó fragmentado; los hechos fueron uniéndose como en un vasto tejido. O así lo creyó y lo cree ella. Las ciudades y las aldeas; los núcleos sociales, los circuitos profesionales o culturales: unos llevaban a otros y en cada área volvía a encontrar constantes.

Los seres amados habían sido extremos de una misma realidad u oposiciones de cuanto en el fondo termina resultando similar. ¿Cuántos fueron, en verdad? ¿Qué tiempo ocupó cada uno de ellos? Para esa faceta de su vida no tiene medidas, porque algunas personas fueron convergiendo cuando tal vez ya nada las relacionaba con ella o cuando alguien novísimo invadía su pensamiento. No, no eran estancias: un fluido enigmático que ajustaba los cuerpos y los pensamientos.

Los amó. Y se dejó amar por seres sólidos, algo violentos, inseguros, posesivos, distantes: un raro fulgor que completaba sus deseos, su soledad, su exceso emotivo.

Cuando conoció a Oriái vislumbró los cambios que la esperaban. Dio todo y comprendió que también debía recoger lo dado, sin herir, sin perturbar profundamente. Qué difícil. ¿Lo logró? La continuada cercanía –aunque ya no hubiese pasión– de esas personas, podrían indicar que supo moverse dentro de las oleadas emotivas.

No fueron muchos. ¿Cinco, siete años juntos, en cada ocasión? Alonso, Víctor y el caballero clásico durante los comienzos. Oriái exclusivamente por muchos años. Luego Antonio y Rodrigo casi al mismo tiempo. Y Estela, la muy dulce de inmensos ojos aguamarina. El moreno Gregorio, de pecho plano como una baraja. Sus últimos años son, decididamente, para Ligia.



5 - Tal vez, tal vez las estaciones –como el verano y las lluvias– sí existieron, se dice ahora: durante los años en que amaba a un hombre ni siquiera imaginaba que otra mujer pudiera acercarse eróticamente. Y a la inversa. Había sido rígida, ¿no? Quizá porque asumía la relación como algo absoluto o porque su cuerpo (¿su cuerpo?) olvidaba lo demás, lo volvía inconcebible. O porque el amor sólo necesita a dos.

Alguien dejó de ser visto por uno de sus cambios de domicilio, aunque todavía puedan llamarse. Otra modificó su estilo de vida o sólo quería tenerla a ella. Los demás han muerto y sus historias viven en el pecho de Mekora.

Dos autos se detienen a la izquierda de su ventanal. Escucha su nombre, dicho desde abajo con alegría. Los hijos, otras personas. Ligia, deslumbrante, viene desde la otra habitación.

La noche como un polvo claro recorre el mar. El gran barco ha partido sin que ella lo viera.

Agosto, 2005 (Inédito)